

---

---

## La poesía de Oscar Cerruto

---

---

Oscar Cerruto publicó *Estrella segregada* (1973)<sup>1</sup> en momentos en que Bolivia vivía uno de los períodos más cruentos, inútiles y oscuros de su historia, bajo la dictadura militar iniciada en 1971. La sensibilidad del poeta no podía permanecer al margen de una realidad inicua como ésta, censurable desde todo punto de vista, a la que debía denunciar. Sin embargo, su discurso poético tampoco podía prescindir de sus cualidades y hacer uso de un lenguaje de función meramente referencial de un estado de corrupción y crimen. Su poesía no es la suma de textos de argumentación política-ideológica, sino la organización de una visión poética que capta los rasgos sustanciales —no siempre aparentes— de la realidad inmediata y de la experiencia anímica en ese medio sometido a un régimen de injusticia y terror. Esta visión social se halla enmarcada en otra más amplia y profunda, de índole cultural, en la que subyace una actitud mítica característica de su literatura<sup>2</sup>.

Este estudio tratará de mostrar en *Estrella segregada* esos tres aspectos: la actitud mítica, el espacio de la realidad y la experiencia anímica en dicha realidad.

1. La actitud mítica.—El volumen de Cerruto de 1973 está dividido en dos partes. Me ocuparé de la primera, cuyo texto incluye trece poemas que reflejan una profunda crisis que afecta tanto las raíces de todo un país en su naturaleza de institución social como la identidad de sus individuos integrantes. Los elementos que estructuran el texto de la primera parte en su conjunto son: el hablante poético y su interlocutor mítico representado por la montaña<sup>3</sup>.

Los rasgos de este esquema reflejan el comportamiento religioso de los indígenas de esta región andina, referido con frecuencia por los cronistas españoles de la colonia. Como el caso del fraile Diego de Mendoza que, hacia 1660, en sus notas sobre Chuquisaca escribía: «Los indios de este partido adoraban al cerro Churuquilla, que

---

<sup>1</sup> Oscar Cerruto (1912-1981), poeta y narrador, es considerado por la crítica el máximo representante de la generación del posvanguardismo de la poesía boliviana. Véase QUIRÓS: (*Índice* 26), BELTRÁN (125). El presente trabajo completa, por su enfoque, un ensayo más amplio que he dedicado a la obra poética de Cerruto en mis *Cinco momentos...*, págs. 294-312.

<sup>2</sup> El contenido de *Estrella segregada* (que en adelante abreviaré por *ES*) refiere, según QUIRÓS, «el drama del hombre boliviano que todavía no había sido escrito con igual calado por ningún poeta». («Estrella...»). Por su parte, Francovich afirma que «su motivación predominante y acaso su tema esencial es el contraste de la pureza, la limpidez, la calma soberana del paisaje con el envilecimiento humano, con el hervor de las pasiones y el disturbio de las gentes...» («Oscar Cerruto...»). Me he ocupado también de la preocupación mítica del poeta en mi ensayo citado, así como en el volumen que he dedicado a sus relatos: *El realismo mítico en Oscar Cerruto*.

<sup>3</sup> No hay duda de que los trece primeros poemas forman una unidad. Así también lo señalan QUIRÓS («Estrella...») y BELTRÁN (128).

está enfrente del Pueblo encima de al Oriente, por las grandes tempestades de truenos, y rayos, que por allí vienen de ordinario» (27) <sup>4</sup>.

Claro está que los cronistas españoles no reconocían en dicho comportamiento una actitud ritual nacida en una expresión auténtica y emocional. Por el contrario, aquella actitud no era más que gesto vacío primitivo, erróneo y supersticioso. Como muy bien escribe Mircea Eliade, «para el occidental acostumbrado a relacionar espontáneamente las nociones de lo sagrado, de religión, e incluso de magia, con ciertas formas históricas de la vida religiosa judeocristiana, las hierofanías extranjeras aparecen en gran parte como aberrantes...» (34). El relato de los cronistas, aunque ellos no lo reconocieran así, refería un paradigma mítico válido en la relación del ser humano y la naturaleza de esa región andina, que se repetía en las situaciones más graves de la psicología individual y colectiva. Ese paradigma se halla recogido, con su refinado y complejo simbolismo, en la literatura boliviana.

Si en las notas de los cronistas los indios se postraban ante el cerro a causa de las grandes tempestades, en el texto de Cerruto el hablante poético se enfrenta a sus mitos andinos y montañeses impulsado por similares urgencias de desesperación y desamparo social. La mentalidad mítica, si bien es cierto que ha sufrido las consecuencias de la represión de las convenciones culturales cristianas del coloniaje, prevalece inconscientemente en el texto de Cerruto, aunque escéptica y desengañada. La presencia de esa actitud no debe entenderse, de ninguna manera, transferencia de un texto a otro en la tradición de la tópica. Es manifestación cierta de un hecho que, por otra parte, es universal: el ser humano acude siempre a sus mitos en momentos críticos <sup>5</sup>. En el caso específico del texto de Cerruto, la crisis religa (este término puede ser entendido en su sentido religioso) al hombre y sus mitos montañeses, aunque a través de esa relación religiosa no obtenga ni consuelo ni seguridad.

La presencia del monte Illimani sobre la ciudad de La Paz es insoslayable. Siempre nevado y delante de un cielo azul límpido infunde ánimo majestuoso. Aun en las noches de luna su blancura refleja claridad. Las remotas culturas aymaras le dieron el nombre «Illimani», que en esa lengua significa «el resplandeciente». A este monte se enfrenta el hablante poético ahora, en una actitud que ya había sido presentada en «Los dioses oriundos» de *Patria de sal cautiva*. Claro que el comportamiento ritual de *Estrella segregada* no aparece evidente como en el otro texto, lo cual no implica que no subyazca en la estructura del poema.

---

<sup>4</sup> Este tópico no es ajeno a la literatura colonial. Otro cronista, Capoche, en 1583 escribía que en la época prehispánica no eran aprovechadas las minas, «ora por alguna vana observancia a que eran inclinados estos indios (adorando los montes señalados y piedras singulares, la ciega y más engañada gente, dedicándolos a sus huacas o adoraciones —que era el lugar donde el demonio los hablaba y hacían sus sacrificios—» (77).

<sup>5</sup> Cassirer afirma: «Del mito, y de la religión en general, se ha dicho con frecuencia que eran un simple producto del temor... Pero en el mito el hombre empieza a aprender un arte nuevo y extraño: el arte de expresar, lo cual significa organizar sus instintos más hondamente arraigados, sus esperanzas y temores.» (*El mito* 61). Algo similar también escribe Malinowski: las creencias mágicas y religiosas están «íntimamente asociadas con los más profundos deseos del hombre, con sus temores y esperanzas, con sus pasiones y sus sentimientos» (178).

Dicho paradigma ritual está integrado por tres elementos básicos: (a) el espacio sagrado del mito al que acude, (b) la voz invocativa desde su circunstancia localizada fuera de aquel espacio sagrado, es decir, desde (c) el espacio ordinario de lo profano. Lo sagrado, dentro del fenómeno religioso, necesita, para su propia definición, de un elemento opuesto: lo profano. Esta oposición fundamenta el esquema presentado. El modelo de la relación mítica aparece claro en el primer poema de la serie, «El Resplandeciente», y en los dos últimos, «Estrella segregada» y «Sin embargo el sol brilla en ti».

En razón a que la concepción mítica se apoya en un sentimiento fuerte de confianza, se debe aceptar ciertamente en este fenómeno, como afirma Cassirer, «la convicción profunda de una *solidaridad* fundamental indeleble de la vida que salta por sobre la multiplicidad de sus formas singulares» (*Antropología* 128). El sujeto acude al espacio sagrado de sus mitos esperanzado de solidaridad, en una situación de urgencia crítica. No otro era el sentimiento esperanzador que guiaba a los habitantes prehispánicos en su rito al cerro Churuquilla, para implorar el cese de tempestades, según referencia del cronista.

En *ES* tales sentimientos se muestran defraudados e ineficaces ante la incertidumbre de obtener la solidaridad ansiada. No sólo la voz poética se levanta desde su espacio en crisis, su misma invocación es crítica, desesperanzada, insegura de lograr el objeto de sus súplicas. Se observa una quiebra moral que intuye la autosegregación y aislamiento de la divinidad. El sentimiento mítico se debilita, presa de la desconfianza en pleno ritual.

El primer texto de *ES*, denominado «El Resplandeciente», presenta tal situación. Su estructura sintáctica muestra los tres elementos señalados del paradigma mítico de Cerruto: el espacio sagrado en que se halla el monte Illimani (versos 1-48), el espacio ordinario (versos 49-78) y el hablante poético que se cuestiona a sí mismo (versos 79-95). Señalaré de modo más específico los versos que articulan la estructura de este primer texto:

a) El monte, reconocido en el espacio sagrado, recibe varias denominaciones positivas. Empero, no es reconocido su papel de divinidad inclinada a la solidaridad. Por el contrario, su presencia indiferente tolera la corrupción y el agravio del espacio profano. Los versos de función nominativa serán transcritos en primer lugar; después, los que enfatizan el papel del mito invocado:

- «enigma de fulgor / y escalofrío» (7-8)
- «Casa de los hálitos / astrales» (32-33)
- «testigo tormentoso» (44)
- «asistes / al hervidero de la vehemencia» (7-8)
- «dejas / que se desate la comedia / carcomida por el tiempo» (14-16)
- «y dejás que la helada / boca de la noche humille» (23-24)
- «Dejás que corra / el río / del débito y la fábula» (26-28)
- «y como el invierno hieres» (36)

No hay súplica en esta invocación, sino increpación y protesta. La ausencia de solidaridad del mito, así como su tolerancia de la corrupción, desconciertan radicalmente al hablante poético y quiebran la fe en las fuerzas sobrenaturales a las que